

Jesús y la samaritana: Él perdona y olvida

P. Miguel Núñez

10 de Octubre PM, 2009

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

Juan 4

La mujer samaritana no era nadie. A diferencia de Nicodemo, ella no era importante, era samaritana (y, por tanto, miembro de una raza apóstata), sin educación (debido a los estándares de sus tiempos) y sin reputación; y, a diferencia de Nicodemo, quien fue a Jesús, esta mujer fue buscada por Él. Ambos, no obstante, fueron aceptados, pues el Maestro nunca hizo acepción de personas y en todo momento estuvo dispuesto a ajustar su agenda para llenar las necesidades de aquellos a quienes Dios llamaba.

De nuestro texto, podemos aprender varias cosas de la persona de Jesús y varias cosas de la mujer samaritana:

Sobre Jesús

De Jesús podemos aprender lo siguiente:

En Él no hubo espíritu de competencia

Ésta fue la actitud de su corazón que hizo que todos, tanto la gente importante como la gente despreciada, se sintiesen invitados a hablar con Él. Este espíritu de humildad cedía, en lugar de reclamar, demandar, exigir, protestar y buscar la honra: Él se apartó cuando hubo chismes acerca de los ministerios de Él y Juan, y cedió sus derechos delante de la mujer samaritana. Hermanos, la grandeza de un hombre no está en los derechos que posee, sino en los que cede.

Jesús estaba cansado y, no obstante, no usó su poder para sí

Necesitamos aprender este espíritu de sacrificio que hizo que Jesús, a pesar de tener todo el derecho y el poder que una persona pudiera desear, nunca lo usara, sino para el bien de los que le rodeaban: su grandeza no estuvo sólo en el poder que tenía, sino, más importantemente, en cómo rehusó usarlo en beneficio propio (¿cómo, si no, hubiera habido un Gólgota?).

Él siempre estuvo dispuesto a perdonar

En esto se diferenció de sus seguidores, quienes, teniendo menos derecho, estaban dispuestos a exigir la caída de fuego del cielo en contra de los que les ofendiesen. El Maestro demostró su grandeza, no al juzgar, sino al perdonar: ese día, Él saltó barreras de cientos de años de construcción: habló con una mujer en público –y una mujer con la historia de ésta–; y habló con una raza mixta, que había tenido la osadía de crear un templo paralelo al de Jerusalén. Ese día, Él hizo lo que, muchas veces, no hacemos debido a que tenemos prejuicios que nos hacen sentir inseguros: Él fue libre.

En esta historia, la razón por la que Jesús se comportó de esta manera fue que esta mujer tenía necesidades emocionales, pero, mucho más importantemente, tenía necesidad espiritual. Jesús, pues, no la vio como los legalistas –como una persona indigna de la gracia de Dios–, sino que la vio como lo que somos, personas necesitados de la gracia de Dios. Nosotros, como sus seguidores, del mismo modo, hemos de evaluar, no de acuerdo a juicios carnales, sino de acuerdo a la gracia de Dios (2 Cor. 5:16).

Sobre la samaritana

De la mujer samaritana podemos aprender:

✚ **Ella ignoraba su valor**

No sé por qué ésta mujer eligió la vida que tuvo –quizá, buscaba seguridad en un mundo machista; quizá, buscaba aprobación–, pero lo cierto es que ninguno de sus cinco maridos la valoró. Y lo cierto es que ella tampoco supo darse su valor. Sin embargo, Jesús no la amó menos cuando ella era virgen que cuando tuvo su sexto marido: Él, al igual que como hace con nosotros, la valoró y le dio lo que ella buscaba y necesitaba: Él mismo. Al entender esto, me di cuenta que los pecados de esta mujer no la hacían menos que yo por el hecho de que hubieran sido más groseros que los míos: delante de Dios, todos necesitamos perdón.

✚ **Esta mujer ignoraba quién era Jesús y qué ofrecía**

Si lo hubiera conocido, Jesús no habría tenido que pasar por Samaria, pues ella habría salido a buscarle. Esto mismo hizo Él con nosotros, pues, cuando no sabíamos buscarle, Dios salió a nuestro encuentro, con sensibilidad, sin humillarnos y despreciarnos, sino haciéndose vulnerable. Éste es nuestro modelo, hermanos.

✚ **Ella ignoraba el corazón de la salvación**

Igual que Nicodemo, ella necesitaba comprender que la religiosidad no tiene que ver con un lugar, o con ritos, sino con una persona, Jesús; ella necesitaba entender que una religión no salva, sino una relación; necesitaba asimilar que el hombre no llena el corazón, sino sólo Dios. Lo sabemos porque, así como buscaba un marido, así buscaba un lugar para adorar; sin embargo, ese día ella sería confrontada.

La trama

Cuando Jesús comenzó a hablar con la mujer, ella no quiso abordar su problema. De hecho, dado que es más fácil hablar de religión o de otros que de uno mismo, ella comenzó a discutir teología y a apuntar al pecado de otros. Sin embargo, Jesús, con sensibilidad y cuidado, le hace ver que ella, como persona, le importa y que su dolor, también –de paso ilustrándole que la verdadera valía de un hombre no está en cuantos pueden darle de beber, sino en cuántos pueden beber de Él–.

Poco a poco, pues, Jesús le fue llevándola a comprender que su sed física no era lo más importante, sino su sed espiritual, esa que había llevado por años, y que ella necesitaba una fuente de agua que brindara vida eterna. Sin embargo, en su afán de huir, la mujer insistía en interpretar todo literalmente; “Dame de esa agua, para que no vuelva a tener sed”.

Habiendo venido al mediodía a buscar agua (a la hora en que nadie solía buscar agua), la mujer, probablemente, huía algún encuentro que pudiera significar maltrato. Su necesidad era genuina y real, pero ella no podía entender el carácter espiritual de la misma y, por ello, Jesús, suavemente, ataca el problema: “Llama a tu marido”. Lo más atinado es que ella se hubiera sorprendido y que se hubiera preguntado por qué Jesús, de la nada, introducía a su marido en una conversación acerca del agua. Sin embargo, ella, a la defensiva, como muchos de nosotros cuando se nos menciona el evangelio, indica “No tengo marido”. Es notoria la respuesta del Maestro, quien, en lugar de llamarla mentirosa, le dice: “Bien has dicho” –dando lugar a que ella crea, por un momento, que consiguió engañarle– “porque cinco maridos has tenido y el que tienes no es tuyo”.

Es fácil imaginar la vergüenza que sufrió esta mujer y el abuso (por lo menos, verbal) que esperaba recibir. No obstante, sabiendo que a la gente no le importa cuánto uno sepa, a menos que sepa cuánto a uno le importa, Jesús le habló con amor. La samaritana, cargando con heridas antiguas, intenta esquivar el tema, una vez más, y, Jesús, en lugar de reprenderla, conociendo la cantidad de temores y heridas con las que ella carga, condesciende y desciende a su nivel. El resultado es que ella termina diciendo “Señor, creo que eres profeta”.

En este punto, Jesús ganó su corazón: pasó de ser un desconocido en quien no se debía confiar a ser un profeta de tal magnitud que ella corrió al pueblo y habló de tal manera que muchos se arrepintieron y vinieron a Él.

La enseñanza

Nosotros, como esta mujer, tenemos sed espiritual y hemos tratado de saciarla con muchas cosas y muchas personas, infructuosamente. Tal ha sido nuestro intento y tales nuestros malos resultados que hemos aprendido a

ignorarla y huir de ella. Empero, como esta mujer, hemos de entender que esta sed es importante y que debe ser saciada.

El perdón de los pecados, el agua viva del cielo, es otorgado libremente por Jesús, sin importar qué hayas hecho o cuánto hayas hecho. Su invitación es que, dejando a un lado el miedo a los comentarios, al rechazo y al dolor, nos arriesguemos a ir a Él, a hablar con Él de nuestros pecados: ¡Él nos dice "No importa"! y, hayamos hecho lo que hayamos hecho, siempre está dispuesto a llamarnos "Hermano" si venimos a Él. Por ende, no temas: Él no te echará fuera. Y, si Él no te echa fuera, ¿quién tiene poder para hacerlo? ¡No dejes que la vergüenza te frene!

Ese día, la mujer samaritana encontró aprobación, seguridad, perdón, paz y tranquilidad; encontró sentido, propósito y estabilidad. Y lo encontró en el hombre que se atrevió a saltar murallas antiguas, sin miedo a lo que diría la gente, o a la religiosidad, o a sus discípulos, o a quienes ostentaban el poder en su tiempo. Ese mismo hombre fue a la cruz a tomar tu lugar, para que tú, también, puedas saltar la barrera de la ira de Dios. Habiendo tomado Él tu lugar, ¿tendrás el valor de asir la vida eterna? ¿Tendrás el valor de reconocerte pecador y de reconocer tu necesidad? ¿Tendrás el valor de entender que, a menos que Dios haga algo, permanecerás en condenación?

Dios te oferta la posibilidad de que vengas a Él y, comprometiendo tu vida, basado en lo que Él hizo en la cruz por ti, seas capaz de vivir como Él. Y te oferta la posibilidad de no necesitar ocultar tus pecados, sino de usarlos para testificar, como la mujer samaritana, cómo Jesús, sabiendo todos nuestros caminos, nos salvó y nos ama, sin avergonzarse de llamarnos "Hermanos".

Amén